

Cuarenta números de Acontecimiento Los que han sido sus directores opinan de su trayectoria

Un ámbito de diálogo

José Ángel Moreno

*Economista. Cuarto Director de Acontecimiento (1994).
Miembro del Instituto E. Mounier.*

Todo esfuerzo de recuerdo supone en cierta forma un ejercicio doloroso: una revisión del pasado, de lo ya ido, en la que difícilmente cabe resistirse a la añoranza, a la nostalgia, a una vaporosa sensación de pérdida, quizás indefinida, pero no por ello menos real. Dolor por lo perdido; dolor por lo que uno mismo ha perdido de sí en ese tránsito rememorado. Dolor tanto más agudo cuanto más intenso fue el periodo recordado: cuanta más inocencia, más pasión y más amor se puso en el empeño.

No es extraño, por eso, que la muy amable invitación de Carlos a transmitir la sensación que me queda de mi relativamente fugaz paso por la dirección de ACONTECIMIENTO me produzca notable desazón. Algo, quizás, que sólo puede calmarse con la propia voluntad de rememoranza.

Mi llegada a la dirección de la revista, en la que había venido colaborando desde casi su nacimiento, vino a coincidir con la presencia en el Consejo de Redacción de una serie de personas con cuyas preocupaciones, inquietudes y talante coincidía particularmente. Lo que, claro está, producía una fuerte coincidencia también en las opiniones sobre el Instituto y sobre la propia revista.

Era una minoría que podría calificarse como «renovadora» dentro del Instituto y que preten-

día, precisamente, hacer de la revista la punta de lanza de su pretensión renovadora.

Un grupo de personas que quería entender al Instituto no tanto como un centro emanador de doctrina bien diferenciada, sino básicamente como un punto de encuentro: como un ámbito de diálogo, de reflexión y de acercamiento entre todas aquellas personas e instituciones que desde dentro y desde fuera del pensamiento cristiano quisieran repensar nuestro mundo desde un planteamiento prioritariamente ético.

Un nuevo —perdona Carlos la expresión— *Cuadernos para el diálogo* a la altura de nuestro cada vez más complejo tiempo que fuese el refugio y el trampolín para todos los que quisieran conversar y entenderse en torno a un mínimo común denominador: ese mínimo para el que sigue siendo referente plenamente válido el imperativo kantiano de considerar a la persona como lo que nunca puede ser instrumental porque es el único fin en sí. Un mínimo desde el que repensar la sociedad, la cultura, la religión, la economía, la política y la izquierda. Un mínimo, también, desde el que poder tratar de combinar moral y eficiencia, justicia y desarrollo, solidaridad y progreso.

Siempre he pensado que el pequeño prodigio del Instituto

Emmanuel Mounier descansaba sobre un grupo humano frágil y demasiado poco comprometido como para emprender grandes proyectos de acción directa. Pero que sí disponía de los mimbres necesarios para tejer la labor antes mencionada: una labor eminentemente cultural que el Instituto podría haber iniciado con toda modestia, pero con una cierta capacidad de eficacia si hubiese concentrado en ella todos sus recursos.

Una labor —pensaba yo— para la que ACONTECIMIENTO podría ser el mejor instrumento disponible. Algo que exigía unos cambios en la revista que yo pretendí —ingenua y quizás equivocadamente— impulsar en mi «mandato».

Ante todo, ciertamente, hacerla una revista más plural, sin servidumbres, acogedora de toda reflexión que quisiera acercarse a su puerta: hacer de ella el elemento central en esa labor de conversión del Instituto en lugar y caldo de cultivo de un pensamiento de concordia entre todos aquellos que consideran inmoral, injusto e ineficiente el orden dominante.

Algo, a su vez, que requería mejorar sustancialmente la revista: estructurarla mejor, a través de secciones que tocasen una temática más amplia que la hasta entonces abordada; hacerla más

legible, con artículos más breves y menos académicos; hacerla más comprometida con la actualidad, con el «acontecimiento», a través de secciones que permitan un seguimiento, una opinión y una valoración del Instituto de todos los «acontecimientos» importantes que se fueran produciendo en todas las vertientes de la vida internacional y española, sin que ello fuera en desmedro del análisis más completo y exhaustivo de un tema en cada número que sería el eje vertebral sobre el que la revista se construyera; dotarla, en fin, de una mayor calidad estética, que posibilitase un mayor atractivo para los no socios del Instituto.

Objetivos que debían necesariamente complementarse con una triple y paralela pretensión.

En primer lugar, y ante todo, convertir a la revista en órgano de comunicación, de vertebración y de actividad básica de todos los miembros del Instituto; comprometer realmente al Instituto en un trabajo prioritario: hacer en común una buena, una gran revista —objetivo, sin duda, doblemente difícil—.

En segundo lugar, hacer del Consejo de Redacción un órgano más comprometido con la revista, en el que se plantease con seriedad y rigor cada número y en el que se discutiese con pasión y ra-

zón cada artículo. Un órgano, al tiempo, más «democrático», que llegase a acuerdos mayoritarios si surgían —y ojalá lo hicieran— opiniones controvertidas.

Finalmente, conseguir una mayor capacidad de difusión para la revista: hacer continuas presentaciones en toda España; llevarla a librerías; conseguir, incluso, su difusión a través de determinados quioscos; venderla en puestos *ad hoc* con ocasión de actos públicos apropiados; conseguir referencias en otras revistas y periódicos; intercambiar ofertas —artículos, publicidad, direcciones— con otras publicaciones próximas. En definitiva, impulsar su difusión, haciendo de ella un instrumento de colaboración con instituciones de planteamientos cercanos y un fermento generador de esa cultura de entendimiento entre quienes apuestan por un orden diferente regido por el respeto a la persona a la que antes me refería.

Éstas fueron las pretensiones: un planteamiento que a mí me parecía modesto, pero que quizás fuese desmedido. Un planteamiento, también, en el que creo que muchos compañeros no coincidieron y que algunos incluso consideraron claramente perjudicial para el Instituto. Por ello, cuando aprecí esa actitud, me

pareció que lo mejor era ceder el paso a otro que pudiera sintonizar mejor con el sentir dominante.

Sea como fuere, algunas de las iniciativas apuntadas se pusieron en marcha y ciertas transformaciones se consiguieron. Ese es el pequeño activo de mi paso por la revista. Por contra, debiera anotarse en el pasivo el relativo enceno de las frecuentes discusiones que se generaron en —el debate entre compañeros nunca es malo, pero si el enfado— y el triste hueco que dejaron las ilusiones que en el camino se perdieron.

Queda de todo ello, como os decía al principio, un cierto sabor amargo por lo que no se pudo o no se supo hacer, por los muy probables errores cometidos y por el indudable fracaso en esa pretensión de hacer de ACONTECIMIENTO ese pequeño y cálido refugio en el que pudiéramos encontrar fuerza, ilusión e ideas para participar en la utopía de tratar de hacer mejor el mundo y hacernos mejores a nosotros mismos.

Otros con más fuerza, más lucidez y más perseverancia lo están haciendo desde su perspectiva. Aunque no sea la mía, no puedo sino enviarles desde aquí mis más sinceros y fraternales sentimientos de ánimo y de agradecimiento. ▲

